

Alejandro Keller, poeta antologado en este artículo, malvive con la ingrata compañía de la vagarosa y farragosa facundia. Por eso, cuando le hemos pedido unas líneas como autopresentación a su libre elección, ha preferido ser escueto:

"Alejandro Keller, Montevideo, 1979"

(y nada más, puro rock and roll)

Lo demás, chico, es literatura, ha venido a decirnos. Y claro está, para eso tenemos su bienvenida antología de poemas procedentes del libro *Postales de sobremesa*, publicado en Montevideo este mismo año, antología elaborada por el propio Keller y a la que damos sin mayor dilación paso.

Palabras en blanco

a Sanja Mandarić

Nada prueba contra el amor que la amada
exista o que multiplique una piel
entre pasadizos de noche.

Dirían otros: mientras el primer síntoma de la mañana
anestesia paraguas y fantasmas, un verso cruel
se rehace con tus nombres.

Podría ser aquel ciego de Drummond, el Capítulo XXV
de la Parte Primera de El Quijote o cualquier otra alquimia
de tu rostro: conjuros que no logran hacerme imaginario.

Luego, paciencia de pinceles afinados, afinados.
Sonríe cautamente, como bufón decapitado.



Día ocho

La mesa está servida.
Purísima, el agua devuelve restos de fuselaje.
Abuelo dice que pertenecieron
a cazas alemanes de la segunda guerra
-dudo que los alemanes volaran en 747-
bombardeando su pueblo
a pleno día, mientras el peluquero grita es necesario
cortar la oreja, no va a aguantar en este estado.
Los niños escuchan en la arena.

(¿Cuándo fue el año pasado?)

Con dedos de roer, descansaron lo que queda.
En vísperas de Navidad, el castillo del cordero
es un monumental hospicio.
La orilla está llena de cadáveres
que debemos esquivar con elegancia.



Contraluz

Cuando la mirada se detiene
tras haber mirado tanto
el mar incumple su palabra.
También el viento.

Todo hallazgo es arena
blanqueando playas en paisajes inéditos;
no comprenden inviernos.

Parece un pliegue de lienzo agotado.



Negaciones para librarme de un sueño

Atenas, verano 1948.

Anoche faltó agua en el hotel.
Hasta yo sé que no debí pegarle al conserje
pero hace tres días que no bebo
y ayer, como dije recién, ni siquiera agua.
Las prostitutas salen del cuarto
sin saber de Miguel Ángel; todas huelen
y se llaman igual.

Tu mano suturando un Vermeer desquiciado
nada significa
en un texto anclado de mediodías mitológicos.
Es el primer poema que escribo
por encargo, en nombre
de las cenizas que nos legaron huérfanos.

Hoy, que horóscopo y agendas lo permiten
decido comunicarte
que a fin de mes no esperes chocolates.

1996, Montevideo invierno.
Es posible que amanezca y me dejen
tomar un café tranquilamente.
Reservé mesa para dos. Espero, a nadie.
He sido un turista poco amable.
Incendien esa luz. Saquen la puerta.

Discusión agotada

La siesta presagia
un ovillo en los dedos de la frente.
Desterrada en nuestra baldosa
Ariadna exige rezarse minotauro
o sus inviernos.
Aquel signo doméstico fue negado.

Deberíamos estar felices. Hace frío.

Hasta donde alcanza la mano

Se apagan posibles luces.
Al margen de mínimas historias personales
una calle falsifica los finales de guiones inconclusos.
Las plazas se abren paso y me respiran.

La pregunta avergüenza ciudades.
Ya no hay música.
Cruzan gorriones, dicen melodías
que aprendemos de las cosas.

